

LA ESCRITURA JEROGLÍFICA DE LOS INDIOS ANDINOS

Por Dick Edgar IBARRA GRASSO

Introducción

EN contra de toda suposición, ya que hasta ahora todos los autores estaban concordes en que en la América del Sur y especialmente dentro del territorio Incaico, no había existido ninguna clase de escritura entre los indígenas precolombinos, hemos tenido la suerte y satisfacción de encontrar, en uso actual y con origen antiguo, una escritura indígena jeroglífica utilizada por docenas de miles de indígenas.

Nuestro primer descubrimiento data ya de quince años, y son numerosas las publicaciones que hemos hecho al respecto, describiendo el hallazgo y sus principales características. Incluso hemos publicado un libro, bien ilustrado y con numerosas traducciones de textos, en Quichua y Aymara, lo que hicimos con las lecturas que nos hicieron los mismos indígenas.

Con todo, el conocimiento de la existencia de esta escritura, y su muy probable origen precolombino, casi no se ha difundido entre los investigadores y recurrimos, entonces, a las páginas de CUADERNOS AMERICANOS, con objeto de que alcance la difusión que merece.

La escritura es de uso actual. Ningún escrito antiguo ha aparecido y no se puede, de consiguiente, probar de una manera indudable su origen precolombino; no obstante eso, nosotros creemos que tiene ese origen y en las líneas siguientes daremos los datos que abonan esa teoría.

I

LA escritura indígena que tratamos se usa en la actualidad en el territorio Andino de Bolivia y del sur del Perú; acaso incluso llegue hasta el Ecuador pero faltan datos sobre ello.

Nuestro hallazgo fue realizado en el primero de estos países. Los indígenas que utilizan esta escritura son los que constituían la masa del pueblo del Imperio Incaico y que han sido sometidos cuando la Conquista, o sea que hace más de cuatro siglos son católicos. Su vida actual es la de pequeños campesinos agricultores que viven en el campo y en poblados pequeños, alrededor de las ciudades pobladas por blancos y mestizos. Su lengua, según la región, es el Quichua o el Aymara y son muy pocos los que saben el castellano.

El uso de la escritura se encuentra limitado exclusivamente a escribir rezos católicos, aunque nosotros hemos hecho escribir algunas otras cosas a los indígenas, dictándoles temas. El material en donde hoy generalmente se escribe es el papel, cualquier papel aunque sea de diario sobre cuyas letras dibujan, con un palito, sus signos; también se usa mucho la arcilla, pero no como en los ladrillos babilónicos, sino en una forma extraña y única, que consiste en modelar los signos (en tamaño de unos seis centímetros), pegándolos después sobre un disco o tablón de arcilla, en forma tal de que queden parados. El conjunto recuerda una torta de cumpleaños con sus velitas, con el agregado de que cada velita fuera modelada en forma de un signo distinto.

Antes, y ahora ya casi sin uso, se ha escrito sobre cuero, es decir pieles de llama y de oveja, convenientemente alisadas para que su lado interno pudiera recibir los signos. Igualmente, hemos hallado un pequeño escrito en piedra, una piedra de unos treinta centímetros de largo, en donde los signos estaban grabados. En éste y en todos los otros casos, los textos hallados hasta ahora son post-colombinos.

Los signos son semejantes a los de las llamadas *pictografías* de los Pieleros Rojos norteamericanos, y también a los de la escritura de los indios Cuna, de Panamá, descubierta en 1925 por Nordenskiöld. Su número es bastante elevado, de varios centenares, pero propiamente no pueden o no alcanzan a representar todas las palabras de la lengua indígena, aunque los escritores indígenas inventan de por sí cualquier otro signo que necesiten para representar una palabra cualquiera, que antes no tuviese su signo propio.

La representación de los signos es propiamente naturalista, con trazos muy simples y esquemáticos, y los signos representan hombres, animales y objetos de uso común de la vida indígena, abundando mucho las cruces por la razón simple de ser los escri-

tos rezos católicos. El significado de los signos se da en tres formas distintas, como en los jeroglíficos egipcios y aztecas: por representación directa ideográfica, por simbolismo, a veces artificial, atribuido al signo, y por el parecido del nombre de la cosa que se dibuja con la palabra que se desea representar, o sea fonetismo de aproximación. El número de los signos correspondientes a cada clase y en cada texto varía según los lugares, pero hay uno al menos, San Lucas en el Departamento de Chuquisaca, en donde el número de los signos fonéticos de aproximación pasa del cincuenta por ciento.

Los números se escriben mediante puntos, que a veces son transformados en circulitos, y rayas, estas últimas con frecuencia unidas en su base de manera que parecen un peine; puntos y rayas se usan indistintamente para significar los mismos números. Su simplicidad facilita mucho la traducción de los textos, pues mediante ellos es fácil identificar a varios rezos, por ejemplo: los Diez Mandamientos, los Artículos de la Fe, las Obras de Misericordia, los Mandamientos de la Iglesia, etc., con lo cual sin dificultad se identifican otros muchos signos. Nosotros casi no hemos tenido necesidad de recurrir a esto, pues en varias ocasiones hemos podido obtener de los mismos indígenas, a los cuales comprábamos cuadernos de esta escritura, la traducción completa: la lectura signo por signo, que íbamos anotando después de numerar a los mismos; con todo, siempre existen signos que los indígenas saben que significan tal cosa, pero no saben el porqué de lo mismo. En este caso son por lo general signos tradicionales, cuyo origen se ha perdido en el pasado.

La forma de escribir, es decir, la dirección que sigue la escritura, es extraordinariamente variada, pudiendo decirse que se presentan aquí todas las direcciones posibles. El *boustrophedon* es normal en los textos, salvo en los casos en que la influencia de nuestra escritura ha hecho alterar la forma original; los textos más comunes y que creemos que conservan la forma más primitiva, empiezan por la parte inferior derecha de la página y luego siguen en *boustrophedon* hacia arriba; otros empiezan por la parte inferior izquierda, otros por la superior derecha y otros aún por la parte superior izquierda. En estos últimos es evidente la influencia de nuestra escritura, y con ello la desaparición del *boustrophedon* es frecuente.

En la escritura de arcilla, los discos nos presentan una dirección espiral, empezando por afuera, y los tablones, que son

de forma cuadrangular, tienen el *boustrophedon* en cualquiera de las formas del papel y del cuero, que hemos citado anteriormente. También se presenta el *boustrophedon* con formas invertidas, es decir con los signos dados vuelta a cada línea, como en la escritura de la isla de Pascua. El escrito en piedra que hemos obtenido es así, y contiene dos líneas de escritura, y la misma forma aparece en dos escritos en papel que hemos obtenido en una isla del lago Titicaca.

Varios textos de Paucartambo, en el Perú, cerca del Cuzco, publicados por C. Wiener, nos presentan una escritura de líneas verticales, que empiezan por la parte inferior izquierda de la página.

Para escribir los signos no se hace uso de lápices ni pinceles, sino de un palito cualquiera, que se moja continuamente en una tinta de anilina (los indígenas compran muchas anilinas en la actualidad, para teñir sus tejidos), o bien en algún tinte de origen vegetal que ellos mismos fabrican, por lo general no especialmente para esto, sino para teñir sus trajes. Antes, para escribir en cuero, hacían una tinta especial del jugo de una planta llamada *Nuñumaya* (del aymara: sig. "leche muerta", pues también se usa para hacer retirar la leche de los pechos de las mujeres). Los signos de arcilla son modelados a mano, y junto con los signos así modelados en barro se utilizan otras muchas cositas naturales, como ser carboncitos, piedritas, dientes, pedacitos de tejido, lanas de colores, semillas, espinas, etc., todo lo cual se coloca junto con los otros signos y son los objetos naturales que se pintan sobre el papel. La escritura en piedra que encontramos había sido grabada con algún objeto de aguda punta.

En la escritura se utilizan por lo general dos o más colores; es rara la vez que se utiliza uno solo, y en una ocasión se han llegado a utilizar hasta ocho colores. Con todo, estos colores no tienen significado alguno, sino que los indígenas los utilizan con un fin estético, para que el escrito sea más bonito, y con este fin se preocupan profundamente para obtener una buena entonación de colores. Un mismo signo puede estar escrito en cualquier color en el mismo texto, pues lo que vale es la forma del signo y no el color. Los escritos Quichuas son los preferentemente policromos, los de los Aymaras son más generalmente de un solo color.

En cuanto a los indígenas que utilizan estos signos, ellos pueden ser cualquiera, no hallándose la escritura en manos de

ninguna clase o casta especial. El uso que tienen, de servir para escribir los rezos católicos ha servido para esta difusión, de modo que son muchas las mujeres y los niños que los conocen. Los padres construyen los rezos en barro para enseñar a rezar a sus hijos en los días anteriores a las fiestas religiosas, en la misma iglesia del pueblo o en cualquier casa vecina; se construyen igualmente para que una persona, con gran frecuencia una mujer, enseñe a rezar a los que no saben. Los escritos en papel se usan principalmente como libro de rezos, y los indígenas van a la iglesia provistos de ellos para recordar mejor los mismos.

El grado en que los indígenas llegan a saber esta escritura es variado, la mayoría se contentan con utilizar los escritos como un medio recordativo de los rezos que tienen que aprender para confesarse, para casarse, etc., y en este caso el aprendizaje es fácil: por unos pocos bolivianos cualquier indígena vecino que sepa les enseña lo necesario en menos de una semana. A estos indígenas los clasificamos en una primera clase, para la cual la escritura no es más que un medio mnemónico; una segunda clase se encuentra formada por los copistas, es decir los individuos que saben escribir copiando de otro texto, o bien modelando los escritos en barro con un escrito de papel a la vista; la tercera clase está formada por los verdaderos escritores, que saben de memoria todos los signos y que pueden escribir los rezos de memoria. Estos últimos también pueden escribir cualquier cosa que se les dicte, aunque de por sí no se les ocurre hacerlo. Las dos últimas clases con frecuencia se dedican a escribir cuadernos de rezos para vendérselos a los que sólo saben leer.

Casi la totalidad de los blancos que se encuentran en relación con los indígenas ignoran la existencia de esta escritura, y sólo unos pocos la han visto, pero no le han dado la menor importancia. Esto es tanto más extraño por cuanto incluso los indígenas que van a las iglesias de la ciudad de La Paz, suelen llevar sus cuadernos para rezar allí.

II

CREEMOS conveniente, antes de seguir, dar la traducción detallada de un texto en esta forma de escribir, para que se comprenda perfectamente su mecanismo. Por demás, ello no ha de

resultar difícil en tierra azteca, ya que el sistema corresponde completamente a las formas más desarrolladas de la antigua escritura indígena mexicana, más aún con los escritos post-colombinos como el conocido *Padre Nuestro* que comienza con una banderita y una tuna.

Para facilitar más la comprensión de la semejanza utilizaremos el mismo *Padre Nuestro* y dos versiones emparentadas. Cabe aclarar aquí que la forma de escribir algunos signos varía de lugar a lugar, y, lo mismo, en ocasiones los rezos se encuentran muy alterados; sobre lo primero, existen propiamente como "provincias" de desarrollo local de la escritura, con formas propias cada una, las cuales se podrán estudiar mejor cuando se haya recogido un mayor material que el que ya poseemos (más de cien páginas escritas).

Los dos textos que presentamos corresponden a una misma "provincia" o "área" de escritura; el primero es de la localidad de San Lucas y el segundo de Ocuri, a pocas leguas una de otra en la Provincia de Cinti, al sur del Departamento de Chuquisaca. Ambos están en lengua quichua, y escritos sobre papel, en cuadernos de 17 y 18 páginas, respectivamente. Fueron recogidos en 1942.

Autor del primer texto, el de San Lucas, es el indígena Julián Guerrero, agricultor, que naturalmente desconoce nuestras letras. El nombre del segundo autor se ha perdido; pertenecía a un indígena fallecido cuyo yerno nos prestó el cuaderno para que lo copiáramos.

El escrito de San Lucas se halla escrito en los colores rojo y violeta (en nuestra reproducción adjunta el color violeta está representado en color negro, y el rojo por signos con el interior claro); el escrito de Ocuri está todo en color violeta. En ambos casos la lectura comienza por la parte baja de la página, pero por la derecha en el cuaderno de Julián Guerrero y por la izquierda en el de Ocuri; luego sigue la lectura en forma de *boustrophedon*, zigzag, hacia arriba, hasta terminar en dos rayitas verticales que forman el punto ortográfico final en esta escritura. Como cada signo se encuentra numerado en las reproducciones que presentamos, no se presenta inconveniente alguno para seguir la línea de lectura.

Los signos, en los originales, tienen aproximadamente un centímetro de altura cada uno. En otros escritos llegan a tener hasta cinco centímetros, dependiendo esto de la habilidad de

los escritores; cuanto más grandes son los signos, suelen ser más toscos.

Los textos que presentamos no son exactamente iguales, y, sobre todo, presentan diferencias en su final, como se verá; pero la relación general que tienen entre sí es grande, por lo cual suponemos que, a través de muchas copias, derivan de una sola fuente común. Es probable que esto último, la derivación de una fuente común antigua de la cual se copia, sea la base de la cual se han formado las "áreas" o "provincias" de escritura, es decir, cada una de ellas puede haber tenido una fuente común o poco menos.

Pasaremos ya a la descripción detallada de los textos, y, como primera medida, presentamos aquí la traducción en Quichua del Padre Nuestro:

Yayaicu janacpachacunapi kaj, sutiyyqui muchaska cachun, Kapaj cainiyqui ñokaicumán jamuchun, munainiyqui ruraska cachun imainachus janacpachapi jinataj cai pachapipis. Sapa punchai itantaicuta cunan coaycu, juchaicutari pampachaguaycu, imainatachus ñokaycupis ñokaicumán juchallej cunata pampachaicu jina. Amataj cachariguaycuchu guatejcaiman urmacta. Allin jinari, mana allinmanta kgespichiguaycu. Amen.

La traducción anterior proviene de un catecismo popular. Hay otras versiones ligeramente diferentes. Lo mismo, este rezo, y todos los demás, tienen variaciones de forma según los lugares de su uso entre los indígenas. La traducción, necesaria, de cada palabra, se verá convenientemente en la parte numerada que sigue.

El texto de Julián Guerrero nos fue leído detalladamente por el propio autor, en lengua Quichua; nosotros habíamos numerado anticipadamente cada uno de los signos de modo que la lectura se corresponde completamente. El texto de Ocuri naturalmente no tiene traducción original, pero por comparación con el anterior, ella se saca sin la menor dificultad.

Lo que sigue es la lectura hecha por Julián Guerrero, su traducción en castellano y una breve explicación, cuando es preciso y cuando nos ha sido posible. Los números indican, sin más, donde comienza el texto y la dirección en zigzag que sigue.

1. *Yayaicu*, Padre nuestro (fig. sacerdote).

2. *janajpacha-*, cielos (un género, *ppacha*, sobre una especie de embudo, en realidad el "disco" de la alta-tierra sostenido por un palito; fonetismo de aproximación: *pacha=ppacha*).

3. *-cunapi* (el plural: *-cuna*), en (*-pi*) (*cuna* o *cona*, piedra de moler: fonetismo).
4. *kaj*, que está (un tambor o "caja" fonetismo).
5. *sutiyqui*, tu nombre (una flor, *ttica*; fonetismo).
6. *muchaska*, adorado (yendo a besarse, *muchana*, beso, adoración).
7. *Cachun*, que sea (un hombre "mascando"; *cachu*, mascar; fonetismo).
8. *rurainiyqui*, lo que has hecho (hombre con "rodador", rueca o huso en la mano; fonetismo).
9. *ñokaicuman*, a nosotros (de *yoca*, montar, hombre montado a caballo; fonetismo).
10. *jamuchun*, que venga (hombre "viniendo", en contra de la dirección de la escritura).
11. *munainiy-*, tu voluntad (*muña-muña*, planta olorosa así llamada; fonetismo).
12. *-qui ru-* (fin de la palabra anterior y comienzo de la siguiente; *quiru*, diente, representado por una mandíbula).
13. *-ascata*, hecha (lo mismo que el 8; *rurai* es lo mismo que *ruai*, hacer, hilar por antonomasia).
14. *cachun*, sea (lo mismo que el 7).
15. *cai pachapipis*, en esta tierra (*ppacha*, ropa; fonetismo; ver 2).
16. *janajpachapipis*, y en el cielo (lo mismo que el 2).
17. *jinalatajman*, igualmente, o así sea.
18. *Sapa*, cada (*sapa* es uno solo, aquí significa cada día; la representación es de un palito solitario).
19. *punchai*, día (el sol).
20. *ttantaycuta*, el pan nuestro (*ttanta*, tres panes representados por discos; los panes en Bolivia son como galletas).
21. *cunan*, ahora (*cuna*, la piedra de moler del 3, que aquí representa una palabra distinta; fonetismo).
22. *copuaycu*, danos (hombre con un pan en la mano, dándolo).
23. *juchaycu-*, y nuestros pecados (hombre estilizado en extremo con una carga o bolsa de pecados).
24. *-tari* (partícula, complemento de la palabra anterior; *tara*, planta espinosa, cactus).
25. *pampachapuaicu*, perdónanos (hombre "allanando" el suelo; *pampai*, allanar, en sentido figurado perdonar).
26. *imaina*, así.
27. *ñokaycupis*, como nosotros (signo 9).

28. *imaina*, así.
29. *juchalli cunaman*, a los pecadores (signo 23).
30. *bina*, así (o: como, a semejanza).
31. *pampachapuycu*, los perdonamos (signo 25).
32. *Amataj*, mas no (hombre agarrando una criatura, *amita*; fonetismo).
33. *huatejcaimin*, en tentación (hombre atisbando; *huatejca*, atisbar; fonetismo).
34. *urmajta*, caer (hombre cayendo).
35. *saquehuaycutajchu*, nos dejes (*saca-saca*, planta; fonetismo).
36. (complemento del anterior)
37. *Allin-*, bueno (*gallina*, del castellano; fonetismo).
38. *-manta*, de (una *manta*, del castellano; fonetismo).
39. *jinari*, y así.
40. *mana*, no (serie de puntitos, acaso "manada" de ovejas [?]).
41. *allin-*, bueno (signo 37).
42. *-manta*, de lo (signo 38).
43. *quespichihuaycu*, libranos (*quespi*, forma en que pronuncian "espiga" los indígenas; una figura de espiga; fonetismo).

44. Punto final.

Se notan algunas diferencias con el texto quichua dado anteriormente y que corresponde a una traducción oficial, pero ello no es raro.

En los signos presentados, casi la mitad corresponden a formas fonéticas de aproximación, y los demás son ideográficos o bien simbólicos. Se nota que en algunos casos está representada enteramente la palabra, incluso con sus partículas terminales o morfemas, en tanto que en otras faltan estos últimos; en textos de otras regiones esta falta es más frecuente, siendo, en realidad, en San Lucas y sus alrededores en donde mejor o más completamente se escriben estas terminaciones.

El texto de Ocuri dijimos que es muy semejante, y lo damos al pie del anterior en dibujo; su comienzo es por abajo a la izquierda, como se puede ver siguiendo los números.

Explicaremos sólo los signos que se presenten en forma diferente, o cuando los haya de más o menos. También para facilitar la comparación hacemos coincidir los números con los de los signos del texto anterior.

Los primeros 7 signos son completamente semejantes a los

del texto de Julián Guerrero, por más que aparezcan pequeñas diferencias en la forma de dibujar el cielo, el tambor o la flor; el signo 8, en cambio, es distinto.

Aparecen aquí *dos* signos, en vez de uno, cuya traducción nos falta pero que es probable que correspondan al texto oficial quichua dado primero (palabras: *Kapaj cainiyqui*); en otros escritos (del mismo Julián Guerrero, por ejemplo el Ave María), para la palabra *Kapaj* (rico, hombre rico o poderoso, que tiene mucho) se dibuja un palito circundado de puntos de colores; aquí el signo primero es muy semejante a eso.

Los signos 9 y 10 son iguales a los de Guerrero; sigue un signo (que hemos marcado 10-A) al cual no le vemos posible interpretación; los signos 11, 12, 13 y 14 se corresponden igualmente; sigue otro signo (14-A) que falta en el texto de Guerrero, pero que evidentemente corresponde a la palabra *imainachus* del texto primero oficial. Los tres signos siguientes se corresponden.

El signo 18 difiere, es una especie de garabato, que se nos ocurre que puede corresponder sencillamente a un *zapallo*, calabaza, con lo cual tendríamos un signo distinto y fonético para representar la misma palabra.

Los signos del 19 al 27 se corresponden, por más que existan pequeñas diferencias, la más importante de las cuales aparece en el signo 22, en donde en vez de haber un solo hombre con un pan en la mano, dándolo, hay dos, uno de los cuales lo recibe.

En el signo 28 vuelve a aparecer una diferencia, se repite el signo 27, y ello corresponde de nuevo, exactamente, al texto oficial; también se relacionan más exactamente al mismo texto los tres signos siguientes, como se ve en el número 30, cuya concordancia es exacta (*cunata*, la *cuna* o piedra de moler).

En los signos siguientes hay alguna mayor diferencia, y, sobre todo, la traducción parece algo distinta. El signo 32 parece corresponderse todavía, aunque no está claro; el 33 se encuentra trasladado al 35, por una alteración del orden de las palabras; el 34 se corresponde; el 35 del texto de Julián Guerrero falta por completo; el 36 parece corresponderse, no así los 37 y 38, y sí el siguiente, el 39; tampoco en estos casos podemos hallar una relación definida con el texto oficial. Los números 40 y 41 se hallan trastrocados en su posición respectiva; el 42 de Guerrero falta en el texto de Ocuri, pero como corresponde a una partícula no es raro; en su lugar hay otro

signo que no logramos interpretar. Los dos últimos signos se corresponden perfectamente.

Vemos, en todo esto, que la relación entre ambos textos es bastante coherente, a pesar de sus diferencias. Es probable que las correspondientes a las diferencias que aparecen en la última línea del segundo texto, se deban sencillamente a una alteración en la versión oral del rezo.

Con lo anterior, nos parece haber dado ya una completa imagen del sistema usado en esta escritura para representar las palabras, y también que con lo expuesto se ve claramente la semejanza dicha con la antigua escritura azteca. Los signos son diferentes, no diríamos con todo que de una manera absoluta con respecto a los escritos de los rezos post-colombinos, pero el sistema básico es el mismo.

El número de los signos fonéticos parece ser mayor que el que nos presenta la escritura azteca, pero en esto hay que tener en cuenta que los escritos del área de San Lucas son los únicos que presentan esta abundancia, que llega a ser de hasta la mitad del total de los signos usados; los de las otras regiones nos presentan un 20 ó 25 por ciento de signos fonéticos de este tipo.

III

NOSOTROS, con todo, no hemos sido los primeros en ver esta escritura, aunque sí los primeros que la hemos encontrado en uso y visto a los indígenas escritores en su medio, a más de descubrir los escritos en arcilla, en piedra, etc. Los cronistas de la Conquista traen varias referencias a una forma de escritura que no puede ser otra que ésta, tanto más que uno de ellos, F. Montesinos, tenido por muchos como un fantaseador pero que tiene datos valiosos, nos da el nombre de un antiguo sistema de escritura que según él habría existido en épocas muy antiguas, y ese nombre es el mismo que utilizan los indígenas actuales, tanto de lengua quichua como aymara, para designar a esta forma de escribir y lo escrito con ella. Esta palabra es: *Quillca* o *quellca*. También la llaman sencillamente "el rezo", pues es lo único que escriben actualmente con ella.

En épocas más recientes, desde mediados del siglo pasado, la escritura ha sido vista por varias personas, que sin embargo no se interesaron lo bastante en ella como para llegar a

hacer los descubrimientos que hemos hecho personalmente. La primera de estas personas fue J. J. von Tschudi, quien obtuvo un cuero escrito, que publicó con una traducción parcial que le leyó una indiecita, pero creyó que la escritura había sido inventada recientemente, a principios del siglo XIX y que sólo se usaba en la localidad de Sampaya, en la costa del lago Titicaca; inclusive, según él, ya había casi desaparecido, pues una epidemia había diezmado a los pocos indígenas que la habían aprendido y sólo quedaba uno de ellos.

C. Wiener también la encontró en Paucartambo, Perú, y en Sica-sica, Bolivia, pero no le dio ninguna importancia, limitándose a publicar un par de párrafos sobre ella y algunos gráficos. En ese entonces estaba ocupado en traducir una pretendida escritura que creía ver en antiguas telas de la costa peruana, y por ello desdeñó la escritura real que tenía en sus manos. Luego aparecieron otros varios escritos. Horacio Urteaga, en el Perú, publicó algunos, sin traducciones, y en 1910 fue encontrado un cuero escrito en la isla del Sol, el cual fue traducido un año más tarde por Franz Tamayo en La Paz. Esta traducción no tuvo fortuna, pues su conocimiento no se difundió en los círculos científicos, y poco después, en 1912, fue plagiada por Arthur Posnansky en la misma ciudad de La Paz; en este plagio se alteró inclusive la forma de la mayor parte de los signos, para evitar su reconocimiento. Otros escritos hallados posteriormente han sido publicados sin traducciones, suponiéndose ser cosas antiguas, y a veces han sido interpretados con una fantasía tal que supera todo lo que se pueda imaginar.

Nordenskiöld mismo llegó a conocer esta escritura, por intermedio de la publicación de Tschudi, y le dedicó algunas observaciones, reproduciendo en pequeño la ilustración del cuero publicada por aquel autor.

El origen de esta escritura es indudablemente precolombino, aunque nos falte la prueba directa de ello, que sería el hallazgo de alguno de estos escritos en una tumba precolombina, pero las relaciones claramente visibles que tiene con otras escrituras indígenas americanas nos muestran que no se trata de una *invención en el sitio* sino de una *difusión*, que forzosamente ha tenido que realizarse en épocas anteriores al Descubrimiento. Los números, una doble raya que sirve de punto final, etc., aparecen idénticos en las pictografías de los Pielos Rojas y nos muestran que ellas no son más que formas derivadas de otra más antigua. La escritura de los Cunas de Panamá,

algunos escritos del centro de México y la escritura llamada "calendario" de los indios Pimas del noroeste de México, se hallan igualmente relacionadas en forma íntima con la escritura que tratamos. La misma escritura azteca parece un derivado con un desarrollo propio intensivo, y ello se advierte principalmente comparando los escritos aztecas más perfectos con los más primitivos; estos últimos llegan inclusive a estar mucho más cerca de la escritura que tratamos que de sus propias formas más desarrolladas. Esto como dibujo, no en cantidad de signos fonéticos.

En cambio la escritura maya se presenta como distinta, o en todo caso el desarrollo divergente que tuvo fue tan intenso que su parentesco originario se encuentra oscurecido por haber llegado hasta nosotros sólo las formas más desarrolladas.

Con esto llegamos al punto de que, todas las escrituras indígenas americanas, con la sola excepción —no segura— de la maya, son parientes entre sí y que por lo tanto han debido tener un origen común.

Interesa en el caso, para tener una idea más completa del origen de esta escritura, ahondar en las formas más primitivas de ella, y precisamente la escritura en arcilla que hemos encontrado nos da una vía amplia para la investigación. Las formas más primitivas de ésta llegan a no tener la base de arcilla, es decir, que se componen de un montón de objetos sueltos, que los indígenas ponen en línea sobre el suelo cuando desean rezar o enseñar a alguien a hacerlo. Esto es indudablemente una forma anterior a la forma con discos y tablones, que hemos presentado anteriormente. Luego añadimos que se nos ha informado, aunque no lo hemos visto personalmente, que en algunos lugares del norte del Departamento de Potosí, estos escritos hechos con la forma de los signos sueltos se hacen con piedrecitas de diversas formas y colores, que ponen en línea sobre el suelo en la misma forma, y para el caso recordamos que Garcilaso nos dice que los indígenas se toman de memoria las representaciones teatrales que se les enseñan apuntándolas con piedrecitas y semillas.

Torquemada nos relata algo semejante de México; que los indígenas en los primeros momentos de la Conquista, urgidos a aprender a rezar por los misioneros, aprendían los rezos mediante un sistema de apuntar las palabras con piedrecitas, cada una de las cuales representaba una palabra o una frase. Los indios guaraníes del Paraguay, según Bertoni, también

tenían una forma de escritura semejante que servía para enviarse mensajes, y consistía en una serie de cositas dispares: huesitos, semillas, piedrecitas, hilos, etc., todo lo cual se colocaba dentro de una bolsita y era llevado por el mensajero hasta su destino. Allí se colocaban las cosas convenientemente, distribuidas en el suelo, y se leía el mensaje. También en la costa peruana entre los mochicas, pueblo anterior en varios siglos al descubrimiento de América, parece haber existido una forma de escritura semejante. El escritor peruano Larco Hoyle ha publicado varios artículos describiendo vasijas en donde aparecen mensajeros pintados, llevando una bolsita en la mano, y también figuras en donde dos personajes parecen estar tratando de leer un escrito formado mediante porotos de varios colores y manchas. Estos porotos también aparecen en torno a los mensajeros y a veces el mismo mensajero no es más que un poroto (frijol) humanizado, con manos y pies. Aquí las palabras estarían representadas por las manchas de los porotos y también por incisiones que se les harían. Esta tesis ha sido criticada en parte, principalmente por lo que se refiere a los dos personajes frente a los porotos, por el Sr. A. Vivante, quien supone que se trata de un juego de azar, con utilización de los porotos como fichas, cosa común en la América indígena. Con todo, las figuras de los mensajeros no quedan explicadas y algunas de las bolsitas que llevan han aparecido en las tumbas.

Escrituras parecidas existen en otras partes del mundo, basta recordar la "escritura de flores y hojas" de la Malasia y la escritura de palitos de los Lolos del sur de China.

Con esto ya tenemos algunos elementos importantes de interpretación, pues es evidente que todas estas formas de escribir son no solamente más primitivas que las de los escritos en papel, sino también formas antecesoras de ellas; los mismos indígenas de Bolivia nos dan una clara indicación de ello cuando al preguntárseles sobre qué es lo que representa un signo, dicen que "en el escrito de arcilla es tal cosa". Por ejemplo, ante la pregunta que hicimos a un escritor sobre un cuadradito blanco, nos dijo "que en la escritura de arcilla era un generito blanco". Claro queda aquí que los signos pintados en el papel y más antiguamente sobre cuero no han hecho más que copiar los escritos de arcilla.

Se nos presenta así toda una posible vía de evolución de la escritura, que hasta ahora no había sido sospechada siquiera, y esto no sólo para las escrituras indígenas americanas sino tam-

bién para todas las del mundo, puesto que no creemos que estas formas de escribir sean originarias de América, sino que han llegado aquí traídas por las migraciones oceánicas que tocaron la América Central. Las dos escrituras de la Malasia y China que acabamos de citar, serían lo que quedó allá de las escrituras que llegaron a América.

Los escritos de piedrecitas, semillas, etc., sueltos, serían las formas más primitivas de la escritura, acaso todavía en una forma casi puramente numérica, y luego la multiplicación de las formas de los signos permitió ir haciendo mensajes cada vez más completos. Más adelante, los signos se habrían fijado sobre una plancha de barro y pasado al cuero. El último detalle no es firme, pues bien puede haber sucedido que de los escritos sueltos se pasase directamente al cuero, piedra, etc., y que la base de arcilla de los escritos bolivianos sea como una influencia de retorno, a imitación de la fijeza de los signos que ya se había obtenido sobre el cuero; esto como posibilidad teórica no puede desdeñarse, por más que nos inclinamos preferentemente por la prioridad de los escritos en relieve fijados sobre una base.

Estos mismos escritos pueden haber sido el lógico precedente de las tablillas de arcilla incisas de la antigua Mesopotamia; de ser modelados los signos, habrían pasado, posteriormente, a grabarse en la arcilla de la base, como procedimiento simplificador de la escritura.

En cuanto a las escrituras de nudos, como el *quipu* incaico, la escritura de conchillas, *wampun*, de los iroqueses de Norteamérica, etc., parecen poder enlazarse directamente con el primer paso de esta escritura, ya que conservan en gran parte una sencillez numérica, pero que también representan palabras y conceptos en un estado embrionario de desarrollo. Precisamente la ordenación continuada que dan los nudos del *quipu* puede haber servido para la ordenación en líneas de los signos escritos sobre arcilla y cuero. En cuanto a la relación existente entre los *quipus*, que se usan hoy mismo en gran parte de Bolivia y Perú, y la escritura que tratamos, tanto en arcilla como en cuero y papel, existe un signo que nos prueba la existencia de una relación inmediata: en los *quipus* las distintas cantidades que pueden estar escritas o apuntadas sobre un mismo hilo se encuentran separadas mediante *dos nudos*, que sirven así como punto de separación. En los escritos en arcilla se encuentra el mismo signo de separación, generalmente utilizado como punto final, representado por dos palitos, y en los escritos en papel

se representa mediante dos rayitas, como hemos visto en los dos ejemplos del Padre Nuestro.

La zona de dispersión, en América, de los distintos tipos derivados de esta forma de escribir, nos indica la existencia de de difusiones realizadas en distintos períodos de tiempo, siendo de notar que precisamente en la zona de más alta cultura, Perú y México, coexistían los sistemas de escribir sobre papel y cuero y los objetos sueltos, en tanto que entre los guaraníes sólo existía la segunda de estas formas, junto con los *quipus* (que también eran utilizados por los guaraníes), y entre las pieles rojas la primera, bajo la forma llamada *pictografías*. La difusión por el sur de la Amazonia de esta escritura, por lo tanto, debe ser mucho más antiguo que la realizada sobre las llanuras norteamericanas, cosa que por demás se halla confirmada por la difusión de otros muchos elementos culturales, que llegan a esa región desde América Central en una época muy poco anterior al descubrimiento de América.

En cuanto al uso limitado a un solo tema, los rezos católicos, que tiene la escritura utilizada hoy por los indígenas de Bolivia, se explica sin dificultad con las solas informaciones anteriores. Las escrituras primitivas son siempre de un uso especializado, creemos que el uso primitivo era enviar mensajes y recordamos de paso el ejemplo de Australia y sus "bastones de mensajero", que concuerdan con los mensajes de los guaraníes. Las pictografías de las pieles rojas sirven para escribir la historia de las tribus y para enviar mensajes, la escritura de las cunas de Panamá para escribir recetas mágicas, la escritura maya para escribir temas religiosos, principalmente cosmogónicos y para fechar los monumentos, etc., y la escritura indígena boliviana debió tener en su principio la misma especialización y servir para escribir temas religiosos nativos, los que luego se transformaron por obra de los mismos indígenas, en temas religiosos cristianos.